

Managua, la ultrajada

Ramírez, Sergio

Sergio Ramírez: Escritor nicaragüense, ex-miembro de la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional (1979-1985).

Un boogie de moda en los años cuarenta, que puede escucharse como música de fondo en una de las escenas de la película *El tercer hombre*, repetía un estribillo pegajoso:

*Managua, Nicaragua
is a beautifull town
you buy añ hacienda
for a few pesos down...*

Y una vieja canción folklórica nos dice, con ilusión vana, que Managua sin rival en la América Central, es la novia del Xolotlán, el lago color de plomo que borda la costa de breñales resecos y donde desembocan las alcantarillas de la ciudad. La novia ultrajada de un horrible desposorio.

Una visión idílica arrancada con ingenua complacencia a la realidad de una capital ya destrozada en 1931 por un terremoto, que alzaba entonces sus pocos edificios de dos plantas, exiguas cumbres de la arquitectura de la fealdad y la pobreza, entre una abigarrada urdimbre de casas de taquezal y tejas de barro cocinándose a un temperatura de treinta grados a la sombra, entre el olor a estiércol regado por los coches de caballos, el olor a gasolina quemada de los pocos autobuses que recorrían sus calles estrechas y las fétidas vaharadas de las aguas negras que teñían, desde entonces, el lago Xolotlán.

Una olvidada aldea de pescadores, de ranchos de paja y pocas casas de adobe, fue convertida en capital a mediados del siglo XIX como punto neutro en la búsqueda de conciliación de intereses entre las dos ciudades en eterna pugna, León de los liberales y Granada de los conservadores, cuyas inquinas habían devastado al país en incesantes guerras civiles. Un lugar inhóspito para una formación urbana, si nos atenemos a las huellas, grabadas en el lodo, que aún pueden verse en el sitio de Acahualinca, dejadas por los presurosos pies de hombres, mujeres y niños que hace siete mil años huían de algún cataclismo de los muchos que han seguido azotando a la capital: dos terremotos, uno en 1931, el otro en 1972; aluviones de piedras, árboles y lodo que la sepultaron a finales del siglo XIX, cuando las tormentosas aguas revueltas bajaron con furia desde las sierras del sur hasta el llano desola-

do donde se asienta la ciudad tantas veces castigada y condenada a vivir en escombros.

Aluviones, terremotos, guerras. El Miércoles Santo de 1931, la violencia destructora del cataclismo y los incendios, provocados por los soldados de la marina norteamericana que ocupaban Nicaragua, no dejaron piedra sobre piedra; y otra vez, en 1972, en la víspera de Navidad, la ciudad que padecía bajo la dinastía Somoza y aún no redefinía su perfil urbano, fea siempre, e improvisada, fue borrada de nuevo por otro terremoto que destruyó las trescientas manzanas del radio central, entre cuyas ruinas perecieron cerca de veinte mil almas. Después, y por mucho tiempo, un hoyo negro cercado con alambre de púas.

Entre dos terremotos, Managua fue la capital de la dinastía Somoza. La loma de Tiscapa, asiento del poder de la dictadura familiar, es el mejor mirador para contemplar el rostro de la ciudad transfigurado tantas veces bajo sus sucesivas máscaras de fealdad y destrucción; y allí discurrió buena parte de la historia de Nicaragua: la Casa Presidencial, que se llevó el terremoto de 1972, en la cumbre, levantado como un palacio de califa oriental, en pésimo estilo mudéjar, al gusto personal del general José María Moncada, quien gobernó Nicaragua bajo la intervención norteamericana, de 1928 a 1932. En el otro extremo, la fortaleza de La Curva, con sus torreones almenados, ruín ejemplo de la cuartelaria arquitectura somocista. El poder se ejercía desde las cumbres, desde las alturas. Mandar era estar encaramado arriba, encima de los ciudadanos.

En febrero de 1934, por órdenes del primer Somoza, el general Sandino fue emboscado al bajar de la Loma de Tiscapa, frente a uno de los torreones del cuartel del Campo de Marte, después de asistir a una cena que le ofrecía el presidente Juan Bautista Sacasa. Esa misma noche fue asesinado y su cadáver enterrado en secreto en algún lugar de las afueras de la ciudad que aún no se desperdigaba hacia sus contornos.

En los años cincuenta, en los sótanos de la Casa Presidencial se torturaba a los prisioneros políticos, y en su jardín zoológico se les metía en las jaulas, al lado de las fieras. La tenebrosa Oficina de Seguridad funcionaba allí mismo, y las tropas élite de la guardia nacional, allí tuvieron sus cuarteles, sus depósitos de tanques y piezas de artillería hasta el derrumbe de la dinastía. El último Somoza hizo construir en sus faldas su bunker, de donde huyó al fin el 17 de julio de 1979; y en lo alto, donde antes estuvo la fortaleza de La Curva, levantó un palacete para su amante,

Dinorah Sampson. La revolución pudo dejar sobre la cresta de la loma una efigie de Sandino que vigila ahora a la ciudad, en espera de mejores tiempos.

Tras el terremoto de 1972, el negocio de la reconstrucción fue de Somoza, que se embolsó los créditos y las donaciones internacionales, y casi no hubo reconstrucción. En 1979, los bombardeos de los aviones de la fuerza aérea somocista que trataban de contener la insurrección popular, terminaron de despanzurrar muchos de los edificios aún en pie y entregar a las llamas centenares de viviendas humildes de los barrios orientales. Desde la Loma de Tiscapa, el último Somoza solía contemplar los incendios, al lado de su amante. Una historia neroniana, que no tiene nada de fábula.

Repasando viejas fotografías de la Managua anterior a 1931, advertimos algunos restos de arquitectura colonial en las iglesias, e imitaciones del neoclásico de fin del siglo XIX en sus edificios públicos. Después, se volvió al neoclásico para erigir un nuevo Palacio Nacional, y una catedral; y el art-decó, con su frialdad gris transplantada al trópico, agregó bancos, oficinas gubernamentales y colegios en los años cincuenta.

Un poco más tarde, en los sesenta, surgieron dos torres de rascacielos vecinas, también para dos bancos, extrañas, por desmedidas, a la configuración disímil y desordenada de la ciudad que alrededor de sus vías centrales, la avenida Roosevelt y la avenida Bolívar, había convertido las casas de adobe y teja de barro en oficinas y tiendas comerciales, una bullanguera aglomeración de rótulos entrecruzados sobre las calles que anunciaban ferreterías, comercios de telas, cines, restaurantes chinos, salones de belleza, cervecerías, bancos y compañías de seguros.

Ahora sólo quedan allí solares montosos, esqueletos de edificios donde habitan familias paupérrimas, como fantasmas de la iniquidad y la miseria. La revolución, acosada por la guerra de agresión, pudo hacer muy poco para librar al corazón de Managua de sus marcas de muerte y abandono; la vieja avenida Roosevelt, fue bautizada como avenida Sandino, y convertida en una vía peatonal; la avenida Bolívar fue ensanchada, y entre las dos, se construyó el parque Luis Alfonso Velásquez, en memoria de un niño de catorce años, combatiente popular en la insurrección, asesinado por la dictadura: canchas de basquet-ball y voley-ball, una biblioteca infantil, glorietas, muy pocos árboles.

El intento era crear de nuevo un imán que atrajera a la ciudad hacia su viejo centro; y porque al triunfo de la revolución en 1979, era tal la carencia de edificios públicos

en la ciudad descoyuntada, ruinas, construcciones inservibles y baldíos, fue que la Casa de Gobierno, donde se alojó la Junta de Gobierno de Reconstrucción Nacional, pasó a ser el rascacielos decapitado del Banco Central; y el Consejo de Estado, donde ahora funciona la Asamblea Nacional, el vecino edificio art-decó del Banco Nacional. La otra torre del Banco de América, que puede verse desde todos los puntos de la ciudad desolada, como un raro e inservible monumento a la modernidad, parece una gran columna funeraria en memoria a la ciudad que dejó de existir. Un rascacielos con ascensores olvidados, y en su primera planta la única escalera eléctrica en todo Managua, que tampoco funciona desde que el terremoto la descalabró.

Este conjunto, así refaccionado, entre las dos avenidas maestras, se completó con el Centro de Convenciones Olof Palme, erigido en base a las ruinas de la capilla y las instalaciones del Instituto Pedagógico, un antiguo colegio de secundaria de los Hermanos Cristianos.

Al final de la Avenida Bolívar, la esposa del último Somoza, cuyo nombre era Esperanza pero prefería que la llamaran Ilope, había hecho levantar un gran mausoleo a sus propias glorias, el Teatro Rubén Darío, casi siempre vacío de espectáculos. Su frontispicio mira al lago infectado y en su culata se alza el monumento a Rubén Darío, inaugurado en los años treinta y esculpido por marmolistas italianos, que es más un homenaje al gusto provinciano que al poeta: Darío en peplo griego y rodeado de toda la fauna mitológica que recreó en sus poesías. Al comienzo de la avenida, un exiguo busto de Simón Bolívar sobre un talud de adoquines, y varias cuadras más allá, la estatua al combatiente, agregada por la revolución; la sorna popular la ha bautizado como el increíble Hulk, en memoria del musculoso personaje de la vieja serie de televisión.

Como puede verse, Managua sigue sin configurarse como ciudad. Después del éxodo total de la población provocada por el terremoto de 1972, sus habitantes volvieron a asentarse en barrios improvisados y dispersos, sin ninguna lógica de convivencia urbana. Un gran campamento que ha seguido creciendo desproporcionadamente hasta alcanzar ahora un millón de habitantes - la cuarta parte de la población total de país -, fruto de las constantes inmigraciones campesinas provocadas por la guerra de agresión de la década pasada y de la misma explosión demográfica, un crecimiento poblacional cercano al cuatro por ciento anual.

Los barrios surgen de la noche a la mañana, junto a los cauces que llevan las aguas pluviales y las aguas negras hacia el lago, junto a las vías de circunvalación, en los

baldíos montosos, en los sitios destinados a áreas verdes aglomeraciones de casas de ripios, cerradas con toda clase de materiales, incluyendo el plástico para envolturas y el cartón de embalajes, incapaces de resistir el embate de las lluvias, carentes de servicios de agua potable y de letrinas, y de las que surgen enjambres de conexiones eléctricas clandestinas. El déficit habitacional de Managua es hoy de cerca de doscientas mil viviendas.

Una ciudad surrealista e irreal. Surrealista, porque el nuevo alcalde de Managua ha tomado como empeño erigir sobre las carreteras que conectan los trozos dispersos del campamento urbano, inmensos rótulos que reparten el tráfico hacia autopistas que no existen, y siembra con grúas, en los bulevares desolados, palmeras transplantadas desde Miami, que se secan sin remedio. Irreal, porque desde el aire, mientras el avión maniobra para aterrizar en el aeropuerto, uno podría pensar en una ciudad verdaderamente idílica, ante la visión del cono gigantesco del volcán Momotombo que custodia el valle junto a las aguas del lago Xolotlán; los contrafuertes azulados de la sierra de Managua, hacia el sur; las lagunas volcánicas que reflejan el cielo en lo hondo de los antiguos cráteres, las colinas que bordean las lagunas. Un paisaje de tarjeta postal.

Pero ya abajo, es fácil darse cuenta de que Managua es una ciudad contranatura: el lago nunca fue parte de la idea urbana. La ciudad no mira al lago para recrearse en su inmenso espejo estancado, sino que le da las espaldas, para defecar en sus aguas, convirtiéndolo en un muladar, y su costa, olvidada y prohibida al recreo y la contemplación, ahuyenta la vista con sus montarascas, sus miasmas y sus bocas de desagüe de detritus, donde debería haber un malecón. Es una ciudad enemiga del paisaje y de la naturaleza, y la naturaleza le ha pagado con la misma moneda, sepultándola tantas veces bajo sus furias desatadas.

Una ciudad que se multiplica como un recuerdo constante de la miseria, del atraso, de la desolación, del hacinamiento, de la improvisación. Una ciudad disparada hacia sus bordes por una fuerza centrífuga que parte de un centro sepulcral, cruzado por fallas geológicas que advierten de los peligros siempre presentes de un nuevo cataclismo, y que agota cada día sus posibilidades de fuentes de agua potable, pese a estar rodeada de agua. El lago, contaminado por las heces fecales y por los derrames tóxicos, sólo es un espejismo.

Mientras tanto, en las sierras del sur progresan los despales indiscriminados porque la población empobrecida utiliza como combustible para cocinar los árboles que protegen las laderas, y las lluvias traen en intensos aluviones la tierra fértil ha-

cia el llano. Esta depredación sin sentido volverá cada vez más desolado e inhóspito el paisaje.

El boom a medias post-terremoto de 1972, bajo el somocismo, no rescató a la capital de su miseria y de sus fealdades. Los nuevos centros comerciales, que trataban de asentar la actividad urbana en distintos centros, a falta de uno solo, se erigieron en copia de la cultura arquitectónica Miami-style; sus islas lejanas fueron conectadas por carreteras de adoquines de cemento, salidos de las fábricas de Somoza, los horribidos «by-passes»; los créditos leoninos para construcción de viviendas, administrados por los consorcios bancarios de entonces, dieron como resultado repartos sin imaginación para la clase media que hoy sólo muestran las huellas de su decrepitud. Los guetos de viviendas de lujo, como en Las Colinas, al sur de la ciudad, se han visto hoy cercados por la realidad de la pobreza, porque los asentamientos miserables se improvisan en sus propios linderos.

El nuevo boom, marcado por la vuelta de quienes emigraron a Miami en la década anterior, no acierta aún a definirse y sólo será capaz de sumar más improvisación a la ya existente, revolviendo amagos de bienestar entre la miseria reinante. Más centros comerciales, supermercados de lujo, restaurantes exclusivos, y una nueva catedral que ya levanta sus tejidos de hierro a la vera de la carretera a Masaya, patrocinada por el magnate norteamericano dueño de la cadena de pizzas Domino's, que será, de acuerdo al diseño que se exhibe en vallas, extraña también al paisaje, y que más bien parece una mezquita con sus múltiples cúpulas esféricas. Ya la sorna popular, que castigó al increíble Hulk, llama a la nueva catedral la multieteta.

Y no lejos de allí, el Mercado Oriental, un inmenso universo de tenderetes, toldos, tramos, tinglados, galerías y cavernas, el verdadero corazón de la ciudad desconcertada, siempre en expansión, y que desde el aire semeja un intenso hormiguero, donde se vende y se compra todo lo imaginable, desde verduras hasta mercancías de contrabando, desde piezas de automóviles deshuesados a antenas parabólicas, remedios caseros y medicinas de patente, ropa Christian Dior y ropa de segunda mano importada en pacas desde Miami, reino de cantinas, burdeles, comiderías, fritangas, refugio de comerciantes en regla y de mandrines, de niños pordioseros, taumaturgos, libertinos y predicadores, no en balde salió de esa corte de los milagros hace poco, aureolado por sus curaciones milagrosas, un Jesús del Oriental en blue-jeans, con su escuadra de apóstoles desarrapados.

Managua, capital de la república de Nicaragua. La novia ultrajada del Xolotlán anegado en excrementos. Su existencia no tiene lógica, habría que hacerla de nue-

vo, o hacerla en otra parte, irse lejos de aquí. Pero, ¿quién va a abandonarla? Se maltrata de palabra lo que más se quiere. Yo, por lo menos, jamás la abandonaría.